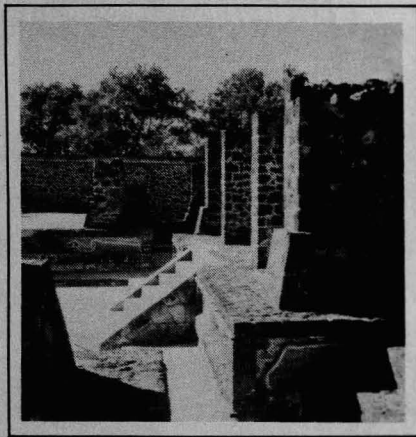


Aquel niño, México y la filatelia



De acuerdo con los signos de nuestra memoria, México fue para mí, acaso desde siempre, la perturbadora imagen de la Pirámide del Sol en Teotihuacan. La descubrí por primera vez en un sello de correos, al sur del continente, en aquel Santiago de Chile de 1950. Yo coleccionaba estampillas y el universo postal, al menos para mí, era un prodigio de naturaleza casi orgiástica: la encarnación de una energía erótica. Qué placer cuando observábamos los rasgos de cada sello a la luz de la lupa y con pinzas de filatélico profesional. Muchos venían con dientes y otros eran lisos, agudos, en cortes a escuadra, como si los hubiera mutilado un matarife. Y el color, cómo olvidarlo: la madre de las maravillas. En cuanto a la pirámide mexicana, recuerdo que aquel signo se proyectaba y crecía en nuestra imaginación como si fuese un objeto animado por algún espíritu travieso.

Casi desde niño me dije:

—¿Cómo serán las pirámides, algún día podré escalarlas como un alpinista, serán huecas y llenas de agua o de humo, respirará en ellas el espíritu de un dios desconocido, quién diseñó sus formas, habrá tumbas en su interior, cómo es posible que sobrevivan al paso de los siglos y de los vientos, quién las anima desde la Antigüedad, cuál es la fuerza que las sostiene e impide que se derrumben, para qué fueron construidas?

Desde la infancia me pareció que no sólo las pirámides eran fenómenos mágicos, sino que también debía serlo el lugar o el país que, a su modo, habita o perdura en ellas. Las pirámides como un signo textual, un tejido múltiple, y México, aquel viejo ombligo, transfigurado en su contexto.

Visité la región central de México en 1971, durante el mes

de febrero, ese febrero loco. Pude verme cumplir aquel sueño de 1950, cuando Thelma Nava y Efraín Huerta, dos poetas muy queridos, me llevaron a conocer la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna, el templo de Quetzalcóatl, el palacio de Quetzalpapalóatl y la Calzada de los Muertos. Mariposas, felinos, serpientes emplumadas, caracoles, lagartos, viejos dioses toltecas, una pequeña tempestad de polvo y algunos pájaros en un círculo persistente. Y más allá los frescos de Tepantitlán y de Tetitla, y, ya de regreso al hotel, en ese punto donde la carretera se convierte en un rincón apacible, la visión de las celdas monásticas a través del convento de Acolman.

Pero llegó el día y tuve que regresar a Chile, ese cuchillo, amoroso y cruel, de 4.270 kilómetros de longitud, esa cornisa que parece desplomarse sobre el océano Pacífico. Ahora me descubro en el avión, a fines de febrero del 71: aún estoy escribiendo sobre aquellas mariposas blancas y trato de explicarme la mutación del cometa en quetzal, ese quetzal-mariposa. Para ello, cambio razón por mito y más bien me dejo seducir por la lógica del mito. Llevo en mis ojos la figura de Tláloc, el dios lluvioso cuya gravidez no tiene fin. La enorme piedra, no muy lejos del ocre, transformada en un manantial. Pienso que es una representación antropomórfica y, aun más que eso, una realidad petrificada que está a punto de volverse abstracta: un símbolo *materialmente* abstracto (cuando menos para la fantasía occidental), gracias al poder fecundante de la transfiguración.

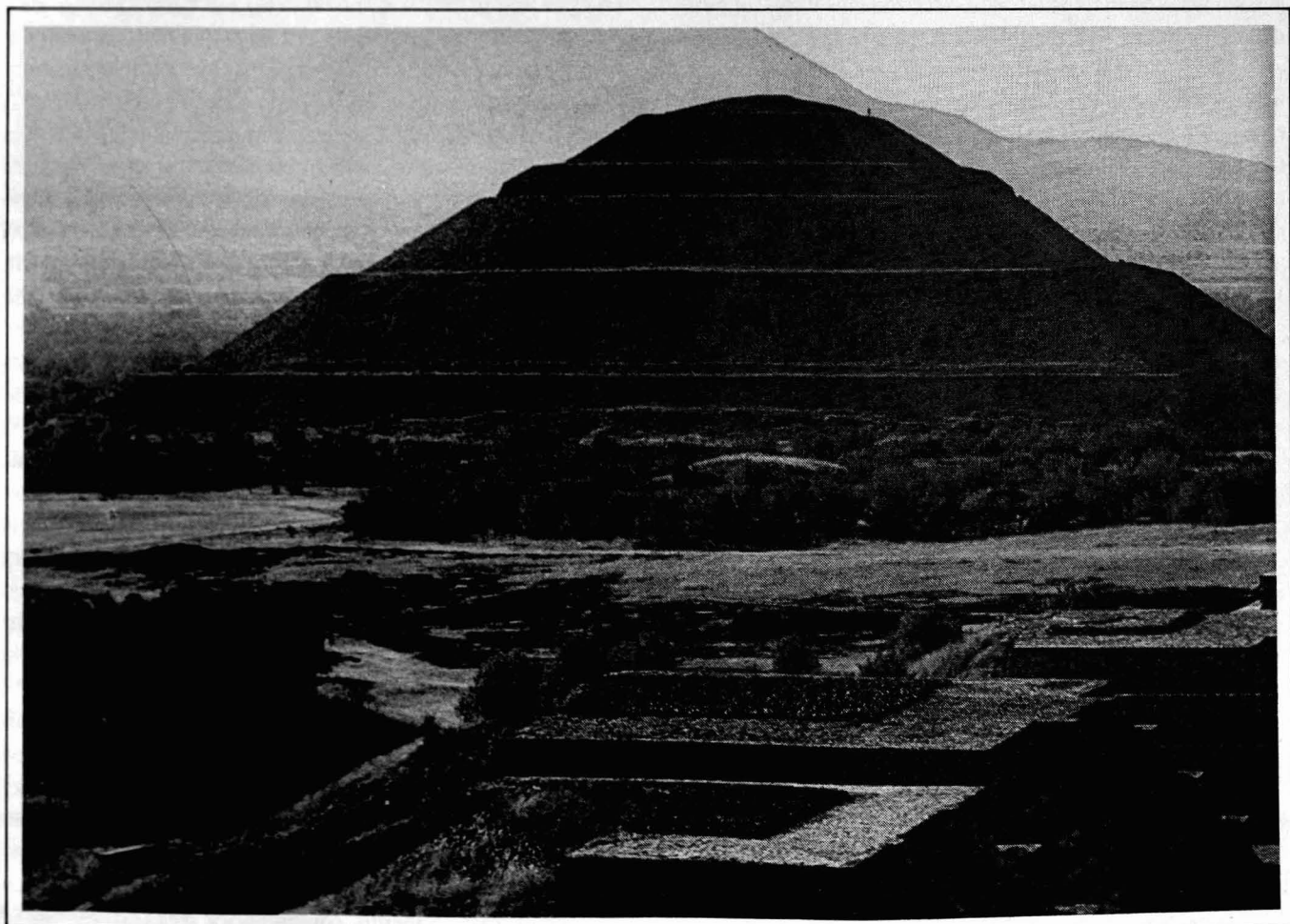
¿Cómo abandonar a Tláloc? ¿Cómo olvidarme de la belleza enigmática de Coatlicue con su falda de serpientes, la calavera en el corazón, calavera de ofidios, y por encima de todo, como

un tocado, la imponente lengua bífida que parece bajar del cielo? Sobre el torso, a manera de pectoral, cuatro manos abiertas que apuntan en una dirección centrífuga. Dualidad de la muerte-vida, la vida-muerte, la Muervida en un colosal bloque de piedra. Coatlicue solitaria: madre de casi todos.

Algunas de estas visiones se incluyeron en mi poemario *La conspiración*, que publicó la Editorial Universitaria de Chile en 1971. Poco después vino la herida mortal, el infarto castrense al miocardio, la cuchillada por la espalda (lo cual no asegura que la resurrección sea imposible), y aquel libro mío, junto a ciertas obras de otros escritores, salió, al parecer, según viejas noticias, de la circulación pública. Ya sabemos que la relación entre las dictaduras y los artistas es muy problemática. El creador de arte es un tábano público, un insecto díptero muy parecido a la mosca y a los ángeles, cuya función primordial, entre otras, consiste en arrancarnos de la somnolencia permanente y obstinada, cumpliendo así con una profilaxis social. Aunque sea capaz de provocar el encantamiento, el artista introduce el temblor del cortocircuito dentro de cualquier sistema autoritario. Ante la hipnosis aceptada por muchos, el poeta es el salmón que vuela en contra de la corriente del río: un tábano polisémico y proteico, en cambio constante, que puede sacarnos la lengua, no sólo la lengua, en el momento más inesperado. Y ya se sabe que el juego pendular de la lengua o los desfiguros lingüísticos, son perseguidos inquisitorialmente. Las dictaduras no soportan el desliz de la risa en libertad; a lo sumo, permiten la incertidumbre

de una sonrisa inocua. Si alguien comete el delito de sacar la lengua en medio de un funeral –al más puro estilo de los payasos fellinescos– podría pasarse algunos años en una prisión más o menos aséptica. De este modo, las dictaduras pretenden fundar una escala axiológica donde la payasada física o metafísica no tiene cabida: el humor, entonces, constituye una desviación perversa que puede debilitar la seguridad interior del Estado. El juego se vuelve sospechoso y la risa, fruto primogénito del juego, es aún más sospechosa. La risa es un intersticio por donde se filtra el espíritu que vuela hacia la libertad, hacia la primera infancia: un intersticio, una fractura, un zigzag luminoso que se contagia sin agotarse. Hay algo abismal en la estrategia de la risa: un precipicio y un enigma, como los embudos negros en las honduras del cosmos. También hay mucho de epifanía, de *alumbramiento*.

Antes de volver a Santiago de Chile, Efraín Huerta me regaló algunos libros y, rápidamente, me hizo una lista para que yo tratara de conseguir otros. Qué baratos eran en aquel tiempo. Al fin pude llevarme *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, de José Emilio Pacheco; *Ladera Este*, de Octavio Paz; *Yuria*, de Jaime Sabines; *Confabulario*, de Juan José Arreola; *Aura*, de Carlos Fuentes; *La oveja negra y demás fábulas*, de Augusto Monterroso; *Dormir en tierra*, de José Revueltas. También viajaron conmigo los tres volúmenes de *Poesía náhuatl*, en versión de Ángel María Garibay, que publicó la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1964 y 1968.



Casi un mes permanecí en el Consulado de México en Chile (del 14 de septiembre de 1973 al 12 de octubre), a la espera del salvoconducto que debía darnos la dictadura para abandonar el país y salir al exilio. En algún instante –sumado en días–, llegamos a ser casi 400 refugiados en una casa que podía dar albergue, en situaciones normales, a no más de 12 personas, así lo creo. Imagínense el hacinamiento: brasileños, uruguayos, algunos argentinos, algunos mexicanos, y chilenos de la más variada índole que vislumbramos o creímos vislumbrar, más cerca que lejos, la Utopía. No era fácil dormir en tales condiciones y *soñar* fue un lujo casi imposible. Pero



un día, mientras revisaba los libreros del Consulado, descubrí el volumen *Nezahualcōyotl*, textos coleccionados y con un estudio preliminar de José Luis Martínez, que publicó SepSetentas en 1972, “para conmemorar el quinto centenario de la muerte del poeta mexicano”. Recuerdo que con Armando Cassígoli leímos las traducciones al español de Ángel María Garibay, y nos deslumbró la belleza, la común orfandad (éramos huérfanos en ese instante), el sentido frágil de la existencia humana, la alegría, el dolor, la sapiencia del gobernante y poeta del México antiguo, que nació en 1402 y murió en 1472.

Deseo recordar uno de los poemas que leímos en aquellos días:

*Nos atormentamos:
no es aquí nuestra casa de hombres...
allá donde están los sin cuerpo,
allá en su casa...
¡Sólo un breve tiempo
y se ha de poner tierra de por medio de aquí a allá!*

*Vivimos en tierra prestada
aquí nosotros los hombres...
allá donde están los sin cuerpo,
allá en su casa...
¡Sólo un breve tiempo
y se ha de poner tierra de por medio de aquí a allá!*

Me veo, a la distancia, en un rincón del Consulado. Cassígoli dice “ya podemos estar tranquilos”, y sonríe con picardía. De

repente me viene la calma y pienso: “Volaremos hacia un país donde algunos abuelos indígenas cultivaron, hace siglos, la orfandad ontológica. No estamos solos, entonces. Volaré como un muerto en vida y México será el espacio fértil para que perduren las visiones de Nezahualcōyotl, de José Guadalupe Posada y de Juan Rulfo. Vamos de paso a los abismos del cielo y Comala es una estación intermedia: el desierto de las almas en pena, de los muertos en vida, o de los muertos profundamente muertos que viajarán con nosotros hacia la noche donde es posible la resurrección. Adivino que no estamos solos, entonces. Volaremos hacia un país como México, en cuyos paisajes la muerte es congoja y, a veces, jolgorio. Monarquía popular, más o menos plebeya, de la calaca, la catrina, la pelona, la impía, la chicharra, la tembeque, la jedionda, la tía de las muchachas, la chirifusca, la güera, la triste, la igualadora. En ese país hay calaveras que sufren a morir y sonríen con algo de ternura imprecisa; también hay esqueletos que de pronto bailan, se incendian por dentro –como fuegos artificiales– y agonizan o resucitan cantando en medio de la fiesta. Aún estoy en Chile, se escuchan algunos balazos a lo lejos y, por lo visto, el dominio de la fuerza militar es absoluto. ¿Cuándo abandonaremos este infierno? Chile no es un país: es un cementerio de aspecto agradable. A menudo vulgar; a veces muy *chic*. Un cuartel donde la obediencia es compulsiva. ¿Cuándo nos dejarán salir? Para los artifices de la crueldad, también el pensamiento es un delito.”

Al fin abandonamos la escena del dolor, la injusticia, la intolerancia. “Por la razón o la fuerza”, como aparece todavía en el escudo patrio, si la memoria no me falla. Razón que en otro tiempo fue independencia. Y fuerza que pudo, a su modo, ser libertaria, cuando se clausuraron las vías de aquella razón. Desde que salí de Chile, he pensado mucho en ciertas ironías o paradojas que han aparecido en el transcurso del tiempo. Sin duda que los mensajes cambian cuando el contexto histórico se modifica. Fue lo que sucedió en Chile al instaurarse la dictadura. “Por la razón o la fuerza” se convirtió en una ordenanza muy útil para el fomento de la paranoia o disciplina civil: un aforismo de stirpe inquisitorial. Hoy en día, no puedo ocultar mis deseos de sacarle la lengua a la razón no siempre razonante y a la fuerza inclemente que se apoya en verdades absolutas. ¿Y qué decir del himno patrio en la frase “o el asilo contra la opresión”?

La Historia no sólo es cruel. Frecuentemente se burla de sus víctimas a través de un equívoco sangriento: los derechos humanos se evaporan y el desliz moral es insuperable. Sin embargo, somos insectos históricos, mal que nos pese: dípteros muy parecidos a las moscas y a los ángeles. Y sabremos reír o, en el peor de los casos, sonreír al borde de la cuna o de la tumba, según como nos vaya en el espectáculo sobrecogedor de la vida que tenemos por delante.

Mañana, poco a poco, Chile será un país. Despertó, pluralmente, y se desliza en la dirección adecuada. Árboles y niños crecen sin descanso. Hay mucha agua, todavía. También hay vibración, impulso, nervio. En los días más oscuros, la vida fue capaz de *sobrevivirse* y supo crecer por debajo de su propia sombra. Veamos a Chile, tan distante y cercano, con entusiasmo juvenil; cuando menos, con auténtica ternura. ◇